

Ana María Janer, *Mujer de Fe y Caridad*

A las puertas del siglo XIX en Cervera, Lérida, España, nació Ana María, el 18 de diciembre de 1800. Hija de José Janer y Magina Anglarill. Tenían una desahogada situación económica y otra riqueza superior: la fe y las virtudes sociales, el afecto mutuo, el interés de los unos por los otros y gran laboriosidad y alegría. Aquel hogar era una “pequeña Iglesia”.

Favorecida por la naturaleza y por la gracia, con excelentes cualidades de talento y carácter, se mostraba dócil y piadosa, aplicada y trabajadora; frecuentaba los sacramentos, las asociaciones piadosas y era asidua en la dirección espiritual. Era inteligente y observadora y adquirió una seria visión de la vida. A la vez era animada y alegre y veía el lado bueno de todas las cosas. Pensaba – y lo consideraba un gran don – en el amor que Dios le tenía y en lo muy querida que ella era por toda su familia y por cuantos la rodeaban. Vibraba con exquisita sensibilidad ante los sufrimientos ajenos.

El 25 de enero de 1819 entraba Ana María con profundo gozo y el de sus padres y sin la oposición de nadie, en el Hospital de Cervera, llamado Castelltort. Esta será su casa religiosa, su hogar. No era un convento, era la casa de los enfermos y de los pobres. Era una familia, una hermandad que, a la consagración añadía un verdadero compromiso de servicio a la sociedad civil como elemento esencial de su vocación.

LA CONSAGRACIÓN Y LA MISIÓN

Ana María profesó, se consagró a Dios, el 3 de mayo de 1820. La comunidad demostró comprender y valorar a la joven religiosa. La eligieron para Maestra de las Novicias a los veintidós años, y a los treinta, para Superiora. La reeligieron en los años sucesivos.

Enunciamos brevemente algunos de los acontecimientos de esos años: la fiebre amarilla (1821). Los frecuentes saqueos, incendios – incluido el propio Hospital – otras epidemias de tifus y viruela. Dificultades de las leyes secularizantes, el cólera (1833 – 1834). La primera guerra carlista convirtió a Cervera en un importante centro de acción militar. Las salas del Hospital estaban llenas de heridos liberales y las Hermanas los atendían y cuidaban con toda dedicación.

Todo esto vivió Ana María, en buena parte, como responsable del grupo, siempre con los ojos abiertos y el corazón atento para acudir a cualquier necesidad del pueblo, secundada por las Hermanas que en torno suyo formaban un bloque unido, fraterno y solidario. Una nueva situación política trae un nuevo gobierno al Hospital. Las Hermanas son despedidas y se les impide vivir en comunidad. El pequeño grupo parecía destinado a desaparecer. Pero ellas se propusieron salvar su vocación.

1837 – AL SERVICIO DE TODOS. CARIDAD SOLIDARIA

Ana María, urgida por su vocación, quiso seguir ayudando, haciendo el bien. Durante el curso 1836 – 1837 dio clases en el Colegio de Educandas, sin dejar de velar por las Hermanas dispersas de quienes ella era responsable, en su calidad de Superiora.

Seguía la revolución y la guerra civil entre carlistas y liberales. Aumentaban el temor y la inseguridad. Fue perseguida. Consiguió huir y llegar a Solsona. Había allí innumerables heridos traídos con grandes dificultades de las recientes batallas. Don Carlos de Borbón, personalmente, propuso a la Madre Janer si quería hacerse cargo de la organización y asistencia de sus hospitales de campaña.

Amiga del diálogo y respetuosa de la libertad de opción de las Hermanas habló con ellas antes de dar su respuesta. Conjuntamente decidieron aceptar la propuesta un total de ocho Hermanas. Durante tres años pusieron su dedicación caritativa al servicio de los heridos, sin que nunca las molestaran. Soldados de uno y otro bando les demostraron estima, respeto, admiración y gratitud.

1840 – EL EXILIO

Las Hermanas toman el camino del exilio: Tolouse (Francia). Acogidas como hermanas residieron cuatro años en el Gran Hospital de Saint Joseph de La Grave, dirigido por las Hermanas Paúlas. La Madre Janer y sus compañeras estuvieron, como siempre, al servicio de todos. Había más de mil enfermos de toda clase, adultos, niños y jóvenes.

Atenta, a los hechos, a los hombres y a los signos de los tiempos, Ana María tomó nota de la creatividad de la Iglesia en Francia y en 1844 regresó a Cervera enriquecida con nuevas experiencias.

1849 - LA EDUCACIÓN

En febrero del año 1849, la Madre Janer se hizo cargo de la Casa de Caridad o de Misericordia de Cervera, y allí se dedicó generosamente a la educación y cuidado de niños y jóvenes huérfanos y pobres, y fue para ellos una madre cariñosa, procurando que no les faltara nunca pan e instrucción y, sobre todo, el afecto y el cariño familiar.

Los chicos salían con un oficio bien aprendido y las chicas, con aptitud para llevar bien una casa. Se trataba de formar buenos ciudadanos y buenos cristianos.

Se despertaba en el país un gran interés por la enseñanza. Era un importante momento de discernimiento comunitario, de reflexión y de decisión.

Ana María y sus hermanas estaban convencidas de la necesidad de las escuelas cristianas para promocionar a la mujer y a la familia... Era el carisma que estaba vivo y buscaba el crecimiento y la expansión

1858 – EL SUEÑO DE UN OBISPO

El sueño eran las escuelas. La enseñanza popular estaba a cargo de los Ayuntamientos y los pueblos pequeños solían carecer de medios y de recursos.

Hombre de oración, pensamiento y acción, encontró pronto junto al Maestro la solución adecuada: crear una institución que se comprometiera seriamente a prestar este servicio a la Iglesia diocesana.

Los objetivos aparecieron claros en su mente y en su corazón: santificación de sus miembros, búsqueda de Dios y trabajar para la promoción de la fe, de la cultura, de la mujer y de la familia. También en Cervera la Madre Janer buscaba la voluntad de Dios. La señal le vendrá del Obispo de Urgel al pedirle un servicio de Iglesia. Siempre disponible, aceptará.

Ana María viajó a Seo de Urgel para ver las condiciones y circunstancias de la propuesta. (Octubre de 1858).

1859 – LA FUNDACIÓN

La madre Janer llegó a Seo de Urgel, ya para quedarse, el 29 de junio de 1859. Acompañaban a la Madre dos jóvenes aspirantes muy decididas.

Todos las recibieron con gran regocijo. Sabían que las Hermanas llegaban para servir.

Monseñor Caixal cuidaba de la obra de una forma personal y directa. Nombró a la Madre Janer Superiora y Maestra de Novicias. Cada año había una buena floración de vocaciones.

1859 – DINAMISMO MISIONERO

Los primeros diez años configuran todo un estilo de vida y un proyecto universal y misionero.

Se organizaron los estudios y se tomaron títulos oficiales de magisterio, necesarios para regir escuelas públicas. Se dio mucha importancia a la catequesis.

El señor Obispo y la Madre Janer velaban de cerca la obra en la que, de la conjunción de sus dones personales, nacía y crecía un carisma nuevo capaz de integrarse y ser vivido en todos los tiempos, países y culturas.

1869 – TIEMPOS DE PRUEBA

La revolución del año 1868 y los sucesos de los años siguientes paralizaron ese dinamismo.

Legaron horas de dura prueba para la Madre Janer y las Hermanas que vivían en el Alto Urgel. Por disposición de la Junta Local y de las autoridades correspondientes, el Hospital, las escuelas rurales que dirigían y el noviciado fueron secularizados y las Hermanas despedidas.

Se encontraron sin casa, sin trabajo, con recursos escasos, en gran inseguridad, ante un futuro incierto.

Mientras Mons. Caixal estuvo en Seo de Urgel, las animó y ayudó como un padre. Después, sobre la Iglesia diocesana se abatieron toda suerte de desgracias y sufrimientos. El Dr. Caixal fue la primera víctima expiatoria. Los sacerdotes eran perseguidos y el culto suprimido. La catedral fue cerrada y convertida en almacén. El prelado tuvo que refugiarse en Andorra. Esto hizo más pesada la cruz de la Madre Janer.

Alguna hermana se asustó y se fue. Otras pasaron a Andorra y procuraron asegurar el Noviciado, trasladándolo allí.

No faltaron momentos de angustia y tensión. Parecía aquello una desbandada; pero no, la casi totalidad del grupo, unido coherente y sin miedo, toma en torno a la Madre Janer el propósito de perseverar. Oran y confían.

1874 – CLARO – OSCURO

A partir de 1874, el Padre Mañanet dirigió el Instituto de la Madre Janer. Tanto en uno como en otra, latía ardiente el deseo de santidad, la búsqueda sincera de Dios y el deseo de servir a la Iglesia. Pero tenían criterios distintos sobre el estilo de vida y sobre el modo de gobernar.

Brilla nítida y diáfana la virtuosa y serena actitud de la Madre Janer que calla y ora. Ella no murmura. Lo espera todo de Dios. Confían en la Iglesia y dice: “Esperemos y tengamos paciencia”. “Dios tiene muchas maneras de hacer santos”.

Son años oscuros. Pero un hermoso resplandor ilumina el Instituto por el carisma del Beato Mañanet: la especial dedicación a la Sagrada Familia. Si siempre las Hermanas fueron contemplativas en la acción según el espíritu tan vitalmente transmitido por la Madre Janer, ahora habrá un toque especial de gracia en el amor contemplativo, centrado en el misterio de Jesús en el hogar de Nazaret, donde José y María colaboraron más que nadie en la obra de la salvación.

1879 – EL RETORNO A LOS ORÍGENES

El 28 de agosto de 1879, moría en el exilio el Obispo Caixal. Dejaba muy recomendada su “pequeña y amada obra”.

El nuevo Obispo, salvador Casañas tomó el asunto con el mismo interés. Su singular acción a favor del Instituto no se limitó a los primeros momentos. Prosiguió después hasta su muerte.

Una de sus más delicadas aspiraciones fue conservar el espíritu de los fundadores en sus líneas fundamentales.

1880 – TALARN. EN OTOÑO, LAS COSECHAS

En el Primer Capítulo general, que se celebró en la casa de Talarn, el 19 de marzo, día de San José, fue elegida la Madre general. El voto fue unánime para la Madre Janer por un período de tres años. Ella, sencillamente, humildemente reemprendió la tarea de gobierno, es decir de servicio, ayuda y promoción. Como le era habitual, daba y generaba confianza y sabía estimular la responsabilidad de las Hermanas, con bondad, sin excluir jamás a nadie.

Abundaron las vocaciones y, sobre todo, el fervor y el interés apostólico por la obra de la educación cristiana. No en vano se había adoptado en el capítulo de Talarn la divisa evangélica: “Dejad que los niños vengan a Mí” (Mc 10, 13-16).

En 1883, la Madre Janer queda libre del cargo de Superiora General. Conservaba plena lucidez y se dedicó de manera especial a la oración y al trato con la gente joven que había en la casa de Talarn: novicias y colegialas. Se interesaba por todos. Transmitía fe.

1885 – LAS ÚLTIMAS NAVIDADES

Ana María pasó bien la última Navidad de la tierra. Compartió las alegrías y la convivencia de la comunidad y asistió a los actos de culto. Mas las fuerzas decaían aunque no el espíritu.

Pocos días bastaron para que aquella vida tan llena, tan humana, se extinguiera suavemente, serenamente –tal como había vivido- el 11 de enero de 1885, rodeada del afecto de todos, recibido el Viático y la Santa Unción y la anhelada bendición del Santo Padre León XIII.

La enfermedad había sido breve, pero dolorosa. Ella sufría como si no sufriese. Olvidada de sí misma, pensaba en Dios. Antes del amanecer expresó un deseo. Dijo: “Quisiera morir como penitente por amor a Cristo Jesús que por mi amor murió clavado en la cruz”

Había vivido con la esperanza puesta en el señor; y confiaba que, al final de su vida el mismo Jesús le abriría las puertas del reino y le diría: “Entra, porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; peregrino y me acogiste; estaba desnudo y me vestiste; enfermo y me visitaste” (Mt 25, 35-36).

Cesaron la fe y la esperanza; le queda la caridad, que permanece para siempre, y no pasará. Ahora ella vive en Cristo, en el misterio de la Iglesia.

Concepción Arcalís, S.F. (De Ana María Janer – Creyente y solidaria)